

LA EVOLUCIÓN CAPITALISTA A LA LUZ DE LA TEORÍA KEYNESIANA *

Nicholas Kaldor

Ha constituido para mi un gran placer el recibir vuestra invitación para pronunciar una conferencia en la Facultad de Economía de la Universidad de Pekín y me siento sumamente honrado por ella, puesto que me brinda la oportunidad de contribuir a fomentar la libre comunicación de las ideas entre las distintas partes del mundo. Actualmente estoy disfrutando de mi año sabático como profesor de la Universidad de Cambridge y desde que partí de Inglaterra he pronunciado una serie de conferencias en la Universidad de Delhi, así como también en otras universidades. Cuando me vaya de China espero sustentar algunas conferencias en la Universidad de Tokio y antes de regresar a Cambridge tengo el compromiso de hacer lo mismo en las Universidades de Columbia y Harvard en los Estados Unidos. Lo disímil de las ideologías que prevalecen en los distintos centros docentes a que he hecho referencia invita a tratar de que las diferencias existentes en los modos de pensar se reduzcan mediante el proceso intelectual común a todos nosotros: el del raciocinio lógico.

Creo que nada pone más de relieve la necesidad de que haya un grado mayor de comprensión mutua entre los distintos pueblos que un viaje alrededor del mundo por la vía aérea, ya que el mismo nos hace ver cuán pequeño se ha tornado el planeta en que todos nosotros vivimos. Es inevitable que durante mucho tiempo en el futuro el mundo permanecerá dividido en dos sistemas políticos, o dos formas de vida, en aquella de los países comunistas y aquella de los países capitalistas, en la de las “viejas” y de las “nuevas” democracias, o cualquiera otra forma de expresión que prefiramos emplear al respecto.

Por otra parte, los resultados que se obtengan de las tentativas de los unos por aprender a conocer y a comprender los puntos de vista de los otros no pueden ser menos que beneficiosos. No importa cuáles sean las diferencias que existan, sencillamente no podemos permitirnos el lujo de permanecer ignorantes del pensamiento, las ideas o las condiciones de los otros, ya que una característica de la naturaleza humana es que la ignorancia crea el temor, y el temor, los sentimientos hostiles. A causa de ello, agradezco sobremanera que se me haya brindado esta oportunidad para promover el intercambio de ideas. Asimismo, he tenido la suerte de haber podido contar con un magnífico intérprete

* Conferencia pronunciada en la Universidad de Pekín el 11 de mayo de 1956. Versión al castellano de Ernesto Cuesta.

en la persona del profesor Hsu, amigo mío y graduado de mi misma universidad. A título de intérprete, es posible que él tenga que transmitir a ustedes ideas con las cuales puede que no esté de acuerdo, caso en el cual espero que exprese sus propios puntos de vista en la discusión que sobrevendrá a mi exposición.

Si tenemos en cuenta lo cerca que estamos los unos de los otros geográficamente, es notable comprobar cuán ignorantes somos recíprocamente de nuestras respectivas situaciones y perspectivas. En mi país hay mucha gente que con toda sinceridad está convencida de que el pueblo de China está sumido en la frustración, que se encuentra oprimido y que vive en condiciones económicas extremadamente duras. Si bien mi estancia aquí ha sido muy corta, no me ha tomado mucho tiempo el darme cuenta de lo insensato que es pensar así. Aun cuando una persona no hable el idioma del país, puede observar las miradas de la gente del pueblo; puede comprobar la forma en que trabaja, cómo se mueve y se comporta y, sin lugar a dudas, me parece que el pueblo de China no se siente ni oprimido ni miserable. Por el contrario, se aprecia aquí que el pueblo está atravesando por un período de reafirmación de la energía y vitalidad nacionales y continúa dedicado a la tarea del desarrollo económico con ardor y entusiasmo. De hecho y en la medida de mis conocimientos del problema, nada puede detener a China en su carrera de convertirse en el plazo de un poco más de una generación en una de las principales potencias mundiales y en su tarea de desarrollar sus recursos humanos y materiales hasta el punto en que el nivel de vida de sus 600 millones de habitantes —que para entonces probablemente habrán alcanzado la cifra de 1,000 millones— se acercará bastante al de los países más adelantados del mundo. —

Sin embargo, mi presencia aquí el día de hoy, no tiene por objeto el que yo examine el caso de China, sino exponer el de los países capitalistas ya que pienso que los conceptos erróneos que prevalecen entre ustedes acerca del estado de cosas en los países capitalistas son del mismo orden que los que existen en estos últimos acerca de China. Es posible que yo esté equivocado, pero desde que llegué aquí he recibido la impresión de que entre ustedes está muy generalizada la creencia de que en los países capitalistas hay estancamiento (o aún algo peor) y no progreso; de que en ellos el nivel de vida de las masas de la población está bajando y no subiendo, y que los países capitalistas se dirigen de manera inevitable hacia cierto tipo de crisis económica catastrófica, ya que el sistema capitalista de los países occidentales tiene irremisiblemente que derrumbarse tarde o temprano bajo el peso de las contradicciones que le son inherentes.

En los países de Europa occidental y Norteamérica en que ha florecido el capitalismo —es decir, en los países en que el sistema capita-

lista ha sustituido con éxito a los métodos precapitalistas de producción— el nivel total de la producción y el nivel general de vida de los trabajadores están aumentando año a año y este crecimiento se ha observado durante los últimos cien años más o menos. De hecho, el ritmo de mejoramiento de la última década ha sido por lo menos de la misma magnitud, si no mayor, que el ritmo medio de mejoramiento alcanzado en las nueve décadas anteriores. Es cierto que aunque en una economía capitalista el progreso económico sea continuo, no es uniforme de año en año, sino que está sujeto a altibajos y a fluctuaciones periódicas conocidas como el ciclo económico. Empero, la característica más señalada del capitalismo, que lo distingue de las sociedades precapitalistas, es su dinamismo técnico: el mejoramiento continuo de los métodos de producción en contraste con la falta absoluta de cambio de técnicas que se observa en la agricultura tradicional y en la producción artesanal. No en todos los países ha tenido lugar este proceso de evolución capitalista favorable, ya que en muchos lugares del mundo, tales como Europa sudoriental, el Medio Oriente, la mayor parte de Asia y África y en casi toda la América Latina el desenvolvimiento capitalista nunca se inició adecuadamente y el sector capitalista quedó limitado a un segmento pequeño de la economía. Sin lugar a dudas que la razón por la que el método capitalista de producción se extendió en forma tan rápida en algunas sociedades y en otras no, constituiría un tema interesantísimo de investigación; pero no es posible profundizar en él en esta oportunidad.

Es cierto que aun en aquellos países en que se ha llegado con éxito a la etapa del capitalismo, ello no ha garantizado la ocupación plena de la mano de obra, aunque sí ha influido en elevar los salarios de los trabajadores proporcionalmente al aumento de la producción por persona. De hecho, el alza proporcional de la productividad y de los salarios reales, el que las participaciones relativas del capital y el trabajo en el ingreso hayan permanecido constantes históricamente, constituye una de las características notables de la evolución capitalista. En contraposición con el análisis de Marx, en las sociedades capitalistas desarrolladas los salarios reales de los trabajadores tienden a averse automáticamente a la par que la producción *per capita*. Este aumento del nivel de vida de las clases trabajadoras no equivale por sí solo a una disminución de la desigualdad económica ya que la riqueza de los capitalistas más adinerados aumenta por lo menos tanto como el nivel general de vida. En el curso del proceso de desarrollo económico no surge un mecanismo automático que favorezca una distribución más equitativa de la propiedad.

A pesar de ello, creo que la desocupación, las fluctuaciones económicas y la creciente concentración de la propiedad de los medios de

producción no son características inevitables de la evolución capitalista. Gracias a la labor de algunos economistas, y especialmente a la de Keynes, conocemos en la actualidad mucho más la mecánica de la evolución capitalista que hace una o dos décadas y estamos ahora en aptitud de moldear esa evolución a través de medidas adecuadas de intervención pública tendientes a alcanzar una meta deseable. Los socialistas occidentales como yo, pensamos que el hombre puede dominar las fuerzas endógenas de la sociedad humana, de la misma manera que a través de la ciencia dominamos las fuerzas de la naturaleza. Creemos que a través de medidas adecuadas podemos alcanzar la ocupación plena ininterrumpida, el desenvolvimiento continuo de las fuerzas productivas y al propio tiempo la disminución gradual de la desigualdad económica, sin que para ello sea necesario recurrir a cambios súbitos o revolucionarios de las instituciones sociales y políticas que podrían ser considerados como liquidación del capitalismo.

El único análisis teórico de la evolución capitalista con que contábamos antes de Keynes era el de Marx, el cual fue elaborado principalmente en los años 60 y 70 del siglo pasado. Quizás debiera aclarar en este preciso momento que considero que la teoría económica de Marx —que consistió en una elaboración más avanzada del modelo de Ricardo— constituye un instrumento poderoso para analizar la mecánica del capitalismo en la etapa de transición que media entre una sociedad precapitalista y una capitalista. En lo que Marx y yo discrepamos —si se me permite utilizar tal expresión sin incurrir en un exceso de irreverencia— es en lo que ocurre en la fase ulterior de evolución del capitalismo, una vez terminada la transición de la etapa precapitalista a la capitalista. Principalmente a causa de ello las predicciones de Marx respecto al desenvolvimiento ulterior del capitalismo resultaron equivocadas en algunos aspectos muy importantes. Es cierto que una de sus predicciones —la relativa a la creciente concentración de la producción en manos de unas cuantas grandes empresas— resultó correcta. Empero, su predicción conexa de que este proceso entrañaría la cristalización progresiva de la sociedad en una pequeña clase de explotadores y una gran masa de explotados, conjuntamente con el empeoramiento creciente de las condiciones de vida de las clases trabajadoras —la llamada “pauperización del proletariado”— resultó completamente fallida. El nivel de vida del proletariado en el curso de la evolución capitalista no ha empeorado, sino que ha mejorado sustancialmente. En países como los Estados Unidos, la Gran Bretaña, o en los países escandinavos, el nivel de vida de la clase obrera se ha triplicado y aun cuadruplicado desde los tiempos de Marx, particularmente si se tienen en cuenta no sólo los salarios sino también las horas de trabajo. No se puede conceptuar como un accidente el que la revolución que ha dado lugar a la

dictadura del proletariado sobreviniese no como Marx la predijo, en los países que estuviesen en la etapa más avanzada del capitalismo, sino en países en los que el método de producción capitalista aún no se había implantado en forma adecuada. De acuerdo con la teoría de Marx debería haber sido inevitable que la revolución del proletariado hubiera tenido lugar primeramente en los países de Europa occidental y Norteamérica y no en Rusia o en China.

¿Cuál es, precisamente, la explicación de estos acontecimientos? Para refutar un esquema teórico no basta solamente apelar a los hechos históricos. Es necesario saber por qué algunos hechos sucedieron en una forma y por qué no se desarrollaron en otra: en la que Marx predijo que tendrían lugar. Sin la ayuda de un esquema teórico capaz de explicar los acontecimientos históricos, simplemente andamos a ciegas y nos es imposible evaluar el verdadero significado de las críticas, basadas en los hechos, susceptibles de formularse al análisis marxista.

En vista de ello, el objetivo de esta conferencia no es criticar a Marx, sino ofrecer a ustedes un esquema teórico alternativo acerca de las leyes de la evolución capitalista basado en la teoría económica keynesiana. A fin de indicar en qué radica la diferencia importante que existe entre las dos teorías, creo que es más conveniente comenzar con el esquema marxista, con el que ustedes ya están familiarizados, y enfocar la atención en los puntos precisos en que ambas teorías divergen.

Por consiguiente, entraré en materia haciendo un resumen de la teoría del capitalismo de Marx, cuyas características más importantes son, en mi opinión, las tres siguientes:

- i) que los salarios de los trabajadores están determinados por el costo de producción de éstos, es decir, el mínimo necesario para la subsistencia de los trabajadores, mientras que el excedente de producción sobre este mínimo o consumo de subsistencia, es devengado por el capitalista en forma de ganancia. De esta manera la ganancia constituye el residuo de la producción por hombre menos el consumo mínimo por hombre;
- ii) que la oferta de mano de obra asalariada en el mercado es siempre superior a la demanda, constituyendo este excedente el “ejército de reserva de trabajo” que es indispensable al funcionamiento del capitalismo, y
- iii) que como cuestión necesaria impuesta por la competencia (por lo menos en la etapa competitiva del capitalismo) la ganancia del capitalista se destina en su mayor parte a la reinversión o a la acumulación, puesto que un capitalista que no reinvierte continuamente su ganancia, ampliando de esta manera la escala de su negocio, se quedará a la zaga en la lucha competitiva.

La participación de las ganancias en la producción está, por tanto, determinada por la “plusvalía” —la diferencia entre el producto del trabajo y el costo de la mano de obra—; de manera que si un obrero necesita emplear cuatro horas de su trabajo para asegurarse su propia subsistencia y la jornada es de 10 horas, la relación entre la ganancia y el salario es de 6:4. Si se representa la ganancia por G , el ingreso total (o la producción) por Y , el costo de subsistencia del trabajador por C , la fuerza de trabajo por L y la plusvalía por SV , tenemos que,

$$SV = Y - CL$$

$$\frac{G}{Y} = \frac{SV}{SV + CL} \quad (1)$$

siendo CL igual al “capital variable” de la comunidad.

Marx consideró que la coexistencia de las características (ii) y (iii) era una de las contradicciones básicas del sistema capitalista, puesto que, según él, el afán de obtener más ganancias habría de destruir la base sobre la cual se sustenta el sistema de ganancias, en vista de que la demanda de mano de obra asalariada depende de la acumulación de capital. A medida que el sistema capitalista crece a través de la acumulación, aumenta tanto la demanda como la oferta de mano de obra asalariada, esta última a causa de la desintegración de las unidades precapitalistas de producción. Con el transcurso del tiempo, sin embargo, a medida que prosigue la acumulación con mayor rapidez, la demanda de mano de obra asalariada tiene también que aumentar a mayor ritmo, de donde resulta que ésta a la postre tendrá que alcanzar el aumento de la oferta y de esta manera absorberá al “ejército de reserva”. Cuando esto suceda, los salarios subirán y las utilidades caerán, ya que el factor que anteriormente ligaba los salarios al nivel de subsistencia —el exceso de desocupados sobre el número de empleos disponibles— habrá dejado de existir. Cuando los capitalistas se ven forzados a pujar los unos contra los otros con el fin de obtener trabajadores, suben los salarios y desaparecen las ganancias. Esto causa una crisis que perdura en tanto se reconstituye el ejército de reserva mediante la adopción de métodos de producción ahorradores de mano de obra, a través de una “composición orgánica del capital” más elevada. Así, la existencia de un ejército de reserva es esencial para la obtención ininterrumpida de ganancias. Si la demanda de mano de obra asalariada excede a la oferta, no existe nada en la teoría marxista para evitar que se eleven los salarios hasta que desaparezcan por completo las ganancias.¹

¹ Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*, casi llegó a expresar una conclusión esencialmente similar.

Es en este punto en donde el análisis de Keynes nos lleva a conclusiones fundamentalmente distintas. Si convenimos en que en tiempos de escasez de mano de obra (y especialmente cuando empleadores distintos se esfuerzan por competir entre sí) los salarios tienen que subir en términos monetarios, ello no quiere decir que subirán en términos *reales* o, en otras palabras, que la elevación de los salarios monetarios signifique una disminución equivalente de las utilidades. En mi opinión, uno de los méritos principales del análisis de Keynes es el haber demostrado que los salarios monetarios y los salarios reales (o sea los salarios expresados en términos del producto o como una participación en éste) están determinados por condiciones fundamentalmente distintas. Solamente el nivel de los salarios monetarios es influido directamente por la escasez o abundancia relativas de mano de obra en el mercado de trabajo. El nivel de los salarios *reales* está determinado por fuerzas bastante distintas y en tiempos de escasez de mano de obra (o de ocupación plena) tiene que estar determinado por la condición de que la demanda total de productos de todas clases no debe ni exceder a la oferta total de productos de todas clases ni quedarse corta con respecto a ésta. En otras palabras, los salarios reales deben ser de tal magnitud que el gasto total de los capitalistas y de los trabajadores no sea ni superior ni inferior a la oferta total de bienes disponibles para hacer frente a ese gasto. En cierto sentido los capitalistas y los trabajadores compiten por los bienes disponibles; pero mientras que el gasto de los trabajadores se hace casi enteramente en consumo, el gasto de los capitalistas se hace en parte en consumo y en parte en inversión o acumulación. Los capitalistas se encuentran en una posición ventajosa, puesto que poseen un poder adquisitivo que es grande en relación con su gasto en un período dado, mientras que la reserva de poder adquisitivo de los trabajadores es pequeña o inexistente. Por consiguiente, el gasto de los capitalistas puede efectuarse con independencia absoluta de sus ingresos o ganancias corrientes y, de todos modos, la relación entre ambos es mucho menos rígida o directa que en el caso del ingreso y del gasto de los trabajadores. Éstos siempre gastan más si ganan más y, viceversa, se ven obligados a gastar menos cuando ganan menos. De ahí que cuando los salarios suben en términos *reales* (y bajan correlativamente las ganancias), aumenta la demanda total de bienes puesto que los trabajadores incrementan su gasto *real* a medida que crece su ingreso, mientras que el gasto de los capitalistas no se reduce automáticamente con la baja de sus ganancias reales. De igual manera, cuando los salarios disminuyen en términos reales y las ganancias se elevan, la demanda total de bienes en términos *reales* se reduce, ya que la disminución de la demanda de bienes por parte de los trabajadores no se compensa automáticamente por un aumento equivalente de la demanda de bienes

por parte de los capitalistas, puesto que esta última en forma alguna estaba circunscrita a sus ganancias corrientes o limitada por ésta. Por tanto, puede apreciarse claramente que en cualquier situación dada tiene que haber alguna división del producto entre los salarios y las ganancias que equipare la demanda total de bienes a la oferta total. Si los salarios son mayores que el nivel fijado por esta división, la demanda excederá de la oferta y los precios subirán inevitablemente en relación con los salarios, reduciendo, a causa de ello, los salarios como participación en la producción o ingreso. De igual manera, si los salarios fuesen inferiores a este nivel, la demanda sería deficiente con respecto a la oferta, los precios tenderían a bajar y aumentaría la participación de los salarios en la producción. En condiciones de ocupación plena la relación entre los precios y los salarios tiene siempre que ser tal que evite tanto un exceso de la demanda total sobre la oferta total como una deficiencia de aquélla con respecto a ésta. En otras palabras, como el gasto de los capitalistas es (relativamente) independiente de sus utilidades corrientes, mientras que el gasto de los trabajadores depende de sus salarios, de hecho los capitalistas como clase ganarán lo que gasten, mientras que los trabajadores gastarán lo que ganen.

Como se mencionó anteriormente, el gasto de los capitalistas se divide en dos clases: gasto en inversión (para fines de expansión de los negocios) y gasto en consumo personal. El análisis del multiplicador de Keynes nos indica que el ingreso total es el resultado de dos factores, el gasto en inversión y la propensión al ahorro. Puede aplicarse el mismo tipo de análisis a la determinación del ingreso y el producto total reales, si la distribución del ingreso entre salarios y ganancias se toma como dada, o también a la distribución del ingreso entre salarios y ganancias, si se toman como dados el ingreso o el producto total real. Si en aras de la sencillez se supone que el gasto de las clases trabajadoras es igual a su ingreso (es decir, que ni acumulan propiedades a través de sus ahorros corrientes ni giran sobre sus ahorros pasados para suplementar sus salarios corrientes con el fin de efectuar sus gastos de consumo), la determinación de la participación de los salarios se reduce a esta fórmula sencilla,

$$\frac{G}{Y} = \frac{1}{I - c} \frac{I}{Y} \quad (2)$$

en la que los términos G , Y e I representan respectivamente las ganancias, el ingreso y el gasto en inversión, y c la proporción del ingreso de los capitalistas gastado en consumo. Como la suma del consumo y el ahorro es igual al ingreso, esta fórmula puede simplificarse en la forma siguiente,

$$\frac{G}{Y} = \frac{1}{s} \frac{I}{Y}$$

en la que s representa la proporción ahorrada del ingreso de los capitalistas.²

A base de este análisis la participación de las ganancias (y por ende la de los salarios) en el ingreso se determina una vez que se conozcan la relación entre inversión y producto y la propensión a consumir de los capitalistas (es decir, el consumo de los capitalistas como proporción de su ingreso). Sin embargo, para expresar la relación entre inversión y producto contamos con otra ecuación,

$$\frac{I}{Y} = NV \quad (3)$$

en la que N representa la tasa (media) esperada de expansión del mercado (por los hombres de negocios) y V la relación entre el capital y el producto, es decir, la cantidad de inversión necesaria por unidad de capacidad de producción expresada como múltiplo del producto anual.

En otras palabras, si se parte del supuesto de que se conoce la relación técnica entre el valor del capital y el producto (es decir, la cantidad de capital necesaria por unidad de producto) y la tasa media esperada por los hombres de negocios en cuanto a la expansión de los mercados, también está determinada la relación entre inversión y producto. Por lo tanto, esta teoría afirma que la participación de las ganancias en el ingreso depende fundamentalmente de tres cosas: de la magnitud de la inversión que es necesaria a fin de expandir la capacidad de producción en cualquier cantidad dada (V); de las expectativas de los empresarios respecto al crecimiento de las ventas (o mercados), que gobierna la tasa planeada de expansión de la capacidad de producción (N) y, por último, de la propensión al consumo de los capitalistas (c), que gobierna su consumo en relación con su ingreso y, por

² Si los ahorros de los trabajadores no son iguales a cero, sino que son positivos o negativos, la fórmula resulta mucho más complicada, sin que por ello se modifique esencialmente el análisis, siempre que los ahorros de los trabajadores, expresados como porcentaje de los salarios, sean pequeños relativamente a los ahorros de los capitalistas, expresados como porcentaje de las ganancias. Utilizo los términos "ganancias" y "salarios" en sentido que incluyan todos los tipos de ingresos provenientes de la propiedad y del trabajo respectivamente. Existen algunos tipos de ingresos provenientes de la propiedad que no surgen de las ganancias de la empresa (tales como el interés y la renta) y que es mejor tratar como una deducción de las ganancias de las empresas. De igual manera, no todos los ingresos provenientes del trabajo pueden considerarse como salarios, ya que existen, por ejemplo, los salarios del personal ejecutivo de las empresas y las ganancias de los profesionales. Sin embargo, siempre que la categoría de ingresos mixtos (en los que el elemento de ingresos del trabajo e ingresos de la propiedad tengan igual ponderación) carezca relativamente de importancia, la simplificación de considerar todos los ingresos como pertenecientes a una u otra de estas dos categorías no introducirá error significativo alguno. (Desde el punto de vista de la teoría particular que estamos discutiendo, la diferencia más importante entre los ingresos provenientes de la propiedad y los de los salarios estriba en el hecho de que en un caso el poder adquisitivo total a disposición de una persona excede con mucho de su gasto total en un período dado, mientras que en el otro caso sucede todo lo contrario.)

ende, su gasto en inversión. De manera tal que si $V = 4$ (es decir, que la inversión necesaria para producir el producto anual es igual a cuatro veces este último); si $N = 3\%$ anual (es decir, que la expectativa media del empresario es que los mercados van a crecer a una tasa de 3% anual), y si $c = 50\%$ (si los capitalistas, en promedio, consumen la mitad de sus ganancias), entonces $\frac{I}{Y}$ será igual a 12% ($4 \times 3\%$)

y $\frac{G}{Y}$, de acuerdo con la ecuación (2) precedente, será igual a 24% . Si hubiésemos supuesto que $c = 66\frac{2}{3}\%$ (es decir, que los capitalistas consumen las dos terceras partes de sus ganancias), entonces $\frac{G}{Y}$ (la participación de las ganancias en el ingreso) sería igual a 36% ($3 \times 12\%$) y la participación de los salarios igual a 64% .

En este esquema teórico el factor principal que requiere una explicación adicional es la tasa esperada de expansión de los mercados, es decir, N . Sabemos que, haciendo abstracción de las expectativas, en cualquier situación dada existe cierta tasa potencial máxima de expansión de la producción, la cual está determinada por el crecimiento de la fuerza de trabajo y por la tasa de aumento de la productividad por trabajador. Denominemos a esta tasa de expansión N' , según está determinada por la fórmula,

$$N' = t + p \quad (4)$$

en la que t representa el progreso técnico, medido por el incremento anual de la productividad por hombre, y p el aumento de la población, también expresado como un porcentaje anual.³ El requisito para que una economía se desarrolle uniformemente es que,

$$N = N'$$

de donde,

$$\frac{I}{Y} = NV - (t + p) V \quad (5)$$

Por supuesto que no es necesario que esta igualdad prevalezca a corto plazo, si bien los dos términos de la misma tienden a acercarse en el curso de períodos largos mediante ajustes a largo plazo de N' con respecto a N y viceversa.

Como estas relaciones se presentan aquí en forma un tanto complicada, partiré inicialmente del supuesto de que t y p son factores cons-

³ La fórmula $N' = t + p$ constituye tan sólo una aproximación. La fórmula exacta es $N' = (1 + t)(1 + p) - 1$, que es aproximadamente igual a $t + p$ cuando t y p son fracciones pequeñas.

tantes determinados independientemente de las fuerzas endógenas de esta economía. En tal caso el requisito para que una economía capitalista se desarrolle con éxito es que,

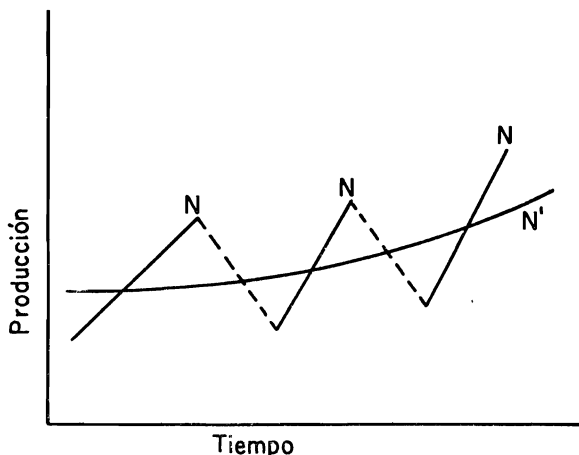
$$N \geq N'$$

En otras palabras, que los empresarios deben esperar que los mercados se expandan a la tasa máxima técnicamente posible de expansión de la economía, o a una tasa mayor aún. Si N es mayor que N' (lo que podemos considerar como característica normal de las economías capitalistas desarrolladas), la inversión tenderá a ser excesiva en el sentido de que la capacidad de producción tenderá a expandirse con mayor rapidez que la producción misma, lo que tarde o temprano dará lugar a que exista un exceso de capacidad que, a su vez, conducirá a una interrupción provisional del proceso de inversión.

Considero que ésta es la razón principal por la cual el progreso se desenvuelve en las sociedades capitalistas por medio de altibajos (a través de fluctuaciones cíclicas compuestas de "auges" y "depresiones").⁴

Por otra parte, si N es menor que N' la economía no podrá crecer a su tasa natural a través de períodos más largos, sino que el crecimiento efectivo alcanzado será insuficiente para evitar una desocupación cre-

⁴ Si N' está dada, la tasa de expansión de N' puede indicarse por medio de una curva logarítmica, en un diagrama en que se represente el tiempo horizontalmente y la producción en el eje vertical. Si $N > N'$, entonces la inclinación del segmento de la curva logarítmica que representa a N debe ser mayor, en cualquier tiempo dado, que la inclinación de la curva que representa a N' . Sin embargo, como en períodos más largos la economía no puede sobrepasar la tasa de expansión de N' , el progreso efectivo de la economía tiene que proseguir a saltos, como se indica en el diagrama siguiente:



N también constituye parte de una sola curva logarítmica de crecimiento, pero ésta es discontinua en vista de la necesidad en que se está de mantener la expansión efectiva en armonía con N' .

ciente. Por último, si N es igual a cero, la economía caerá en un estado de estancamiento absoluto.

En vista de ello, una economía capitalista está expuesta a dos clases de peligros. Si N es mayor que N' (especialmente si la sobrepasa por un margen considerable), la economía estará sujeta a auges y depresiones violentos, con toda la inestabilidad económica y social que ello entraña. Por otra parte si N es inferior a N' (especialmente si lo es por un margen considerable), la economía caerá en el estancamiento, lo que a la larga deprimirá a t y a p y, de esta manera, a N' .

En este momento quisiera introducir en el análisis una complicación adicional. Mientras que en períodos cortos N tiende a ajustarse a N' (a través de la duración relativa de los auges y las depresiones), en períodos largos existe la tendencia opuesta: tanto el progreso técnico como el crecimiento de la población tienden a ser acelerados o desacelerados (según el caso) por las fuerzas endógenas de expansión del sistema económico. Cuando N es de gran magnitud el capital se acumula a un ritmo más rápido que el de la fuerza de trabajo y tarde o temprano se llega al punto en que escasea la mano de obra, lo que estimula la implantación de técnicas ahorradoras de mano de obra y, al propio tiempo, el crecimiento de la oferta de bienes de consumo también estimula el crecimiento de la población. Lo contrario ocurre cuando N es de pequeña magnitud, lo que puede conducir a un estado de cosas en que tanto N como N' tiendan a acercarse a cero.

Por lo tanto, el progreso económico no es inevitable en una economía capitalista (ni tampoco lo es en una economía socialista), ya que todo depende de que aquellos que están a cargo de la producción tengan los incentivos y la voluntad para poner en práctica una fuerte expansión de la capacidad de producción. Esta expansión de la capacidad de producción, a través de sus efectos indirectos sobre la demanda de mano de obra y sobre la oferta de bienes de consumo, estimula tanto a t como a p y de esta manera da lugar a que se produzcan las condiciones básicas que hacen viable una expansión sostenida durante períodos más largos.

Falta por demostrar en qué forma estos dos modelos teóricos, el marxista y el keynesiano, están relacionados el uno con el otro, y es posible demostrar que ambos pueden funcionar de acuerdo con las circunstancias. Si la participación de las ganancias en el producto, según indica la fórmula de Keynes [ecuación (2) inserta antes] es mayor (y la participación de los salarios menor) que la señalada en la fórmula de Marx [ecuación (1) inserta antes], la fórmula marxista funcionará y la keynesiana no y viceversa. De esta manera la fórmula marxista señala el límite mínimo abajo del cual la participación de los salarios no puede descender independientemente del producto por habitante y la fórmula

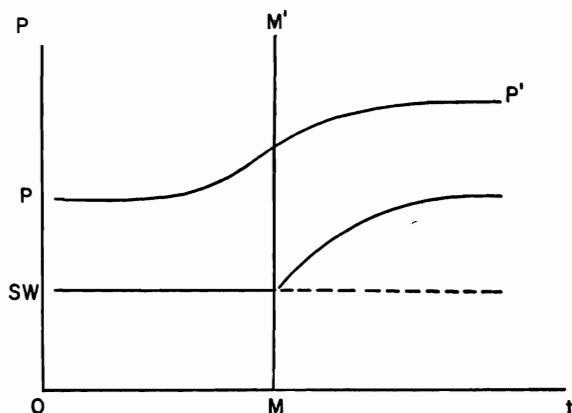
de Keynes indica el límite máximo más arriba del cual la participación de los salarios no puede elevarse independientemente de la escasez o superabundancia de mano de obra. En general, funcionará aquella fórmula mediante la cual se obtengan los salarios reales por habitante más altos.

Si suponemos, como antes, que la jornada es de 10 horas y que la participación de las ganancias señalada por la fórmula de Keynes es de 50 % (como sería el caso si supusiésemos, por ejemplo, que $V = 5$, $N = 2.5$ % anual y $c = 75$ %), los salarios indicados por la fórmula equivalen a 5 horas de trabajo; si la cantidad de trabajo necesaria para la subsistencia del obrero es de 6 horas y, por consiguiente, la plusvalía es igual a 4 horas, las ganancias se verán comprimidas por debajo de la cantidad señalada por la fórmula de Keynes, es decir, a 40 %. Pero si, por otra parte, el equivalente en términos de producto del costo de subsistencia del trabajador sólo absorbe 4 horas de trabajo y la plusvalía es de 6 horas, aun entonces las ganancias sólo serán de 50 % como indica la fórmula de Keynes, y el salario real de los trabajadores será superior al costo de reproducción de la mano de obra en el equivalente de una hora de trabajo, es decir, que los capitalistas solamente obtendrán las cinco sextas partes de la plusvalía y los trabajadores la sexta parte restante.

En las primeras etapas del desenvolvimiento capitalista, cuando la productividad por hombre es relativamente baja, probablemente la plusvalía será considerablemente inferior a la que es necesaria para satisfacer los requisitos de la ecuación (2). Durante ese período funciona el esquema marxista y los salarios permanecen a niveles de subsistencia a pesar de que esté creciendo la productividad por hombre. Sin embargo, a medida que la productividad y la plusvalía suben, tarde o temprano tiene que llegarse a un punto en que la plusvalía sea igual o supere a las ganancias indicadas en la fórmula de Keynes; de ese punto en adelante la participación de éstas deja de elevarse y los salarios reales comienzan a subir *pari passu* al aumento de productividad, según se demuestra en el diagrama de la página siguiente.

Si se mide el tiempo a lo largo de la línea ot , el producto y el salario a lo largo de op , la curva $p-p'$ indica el aumento de la productividad en el curso del tiempo y SW representa los salarios de subsistencia. En algún punto crítico ($M-M'$) el producto por hombre llega a ser lo suficientemente grande para que la plusvalía ($= p - SW$) iguale o supere a las ganancias fijadas por la ecuación (2). A partir de ese punto los salarios reales dejan de estar ligados al nivel de subsistencia y, aparte de los cambios que reflejen cambios en las variables de las ecuaciones (2) y (3), la participación de los salarios en el producto permanece constante.

De esta manera, el esquema marxista es de aplicación en las primeras etapas, y el keynesiano, en las etapas subsiguientes del desenvolvimiento capitalista. Ello explica el porqué en las primeras etapas del desarrollo los asalariados obtienen beneficios tan pequeños con el crecimiento de la producción, mientras que en las etapas subsiguientes



los salarios reales se elevan con tanta intensidad por encima del nivel de subsistencia y continúan elevándose con los aumentos adicionales de la productividad.

Las palabras que he vertido en esta conferencia han sido pronunciadas con la intención tan sólo de ofrecer el esquema más sencillo posible del desarrollo económico capitalista. Existen numerosas lagunas que deben ser llenadas y complicaciones a ser introducidas, lo cual es imposible de realizar en una sola conferencia. A pesar de ello, debo llamar la atención a una complicación importante: las ecuaciones (2) y (3) deben ser interpretadas como ecuaciones a “largo plazo”, como determinantes de la participación “normal” de las ganancias y los salarios en el producto, ya que es posible que las fluctuaciones a corto plazo de las variables N , V y c no se reflejen en las variaciones correlativas en la participación de las ganancias y los salarios, sino que puede que se traduzcan en fluctuaciones del producto o en el racionamiento de la inversión. Esto es así porque a corto plazo existen elementos de resistencia contra disminuciones de la participación de las ganancias o de los salarios en el producto, lo que tiende a estabilizar tales participaciones alrededor del nivel acostumbrado. De esta manera, si se produce una caída súbita de NV y, consiguientemente, de $\frac{I}{Y}$, la ecuación (2) nos dice que el margen de las ganancias en relación con el nivel de actividad se reduce correlativamente y la baja de la demanda de inversión ejer-

cida por los empresarios se compensa a través de un aumento equivalente inducido en la demanda de consumo de los asalariados (debido a la caída de los precios con relación a los salarios). Sin embargo, de hecho es posible que los márgenes de ganancia no se reduzcan, o que bajen sólo tardíamente, con el resultado de que la demanda global real y, consiguientemente, la producción global, se contraigan. En el caso opuesto, en que se experimenta un alza súbita de NV y, en consecuencia, de $\frac{I}{Y}$, la ecuación (2) indica una elevación de los precios relativa-

mente a los salarios que reduce el poder adquisitivo de los trabajadores, disminuyendo su consumo y liberando recursos para hacer frente al aumento de la demanda de inversión. Sin embargo, de hecho los trabajadores se resisten a aceptar esta baja de su nivel de vida acostumbrado al exigir salarios monetarios más elevados, lo que, a su vez, da lugar a alzas adicionales de los precios y de los salarios monetarios (y por ende a un proceso inflacionario) hasta que el gobierno (a fin de proteger la moneda) pone en práctica medidas para "racionar" la inversión a través de los controles monetarios, los permisos y otros instrumentos mediante los cuales reduce $\frac{I}{Y}$ por debajo de NV . Estos elemen-

tos de resistencia o de inercia sirven para reforzar la estabilidad a largo plazo de las participaciones de las ganancias y de los salarios debida a los factores mencionados anteriormente.

Para terminar, quisiera volver a subrayar lo que expresé al principio: en una economía capitalista, o en cualquiera otra, no existe la necesidad inherente de una evolución sostenida. Puede haber en ella estancamiento más bien que desarrollo; el progreso puede tomar la forma de altibajos violentos y no la de un proceso ininterrumpido y uniforme, y el progreso puede ir acompañado de una concentración creciente de la riqueza en manos de unos cuantos individuos. Sin embargo, estas tendencias, en el caso de que surgiesen, no son en modo alguno inevitables, ya que todas están sujetas a la intervención por parte de la sociedad, una vez que comprendamos la forma en que funcionan las fuerzas económicas y sociales. Tengo la creencia de que en una democracia social progresista todas ellas podrían ser evitadas.